

# Cómo estudiar la dimensión emocional en los movimientos sociales\*

## How to study the emotional dimension in social movements

[Artículos de investigación]

Alice Poma\*\*  
Tommaso Gravante\*\*\*

Recibido: 27 de marzo del 2021  
Aceptado: 18 de agosto del 2021

Citar como: Poma, A. y Gravante, T. (2022). Cómo estudiar la dimensión emocional en los movimientos sociales. *Campos en Ciencias Sociales*, 10(1).  
<https://doi.org/10.15332/25006681.7667>



### Resumen

Este artículo muestra cómo insertar las emociones como variables de análisis en el estudio de los movimientos sociales. Después de aclarar quiénes son nuestro objeto de estudio, a saber, los movimientos sociales y el activismo de base, presentaremos el enfoque sociocultural de las emociones que caracteriza esta línea de estudio. En la parte central del texto se presentarán algunos de los conceptos clave de James M. Jasper, a partir del trabajo más reciente de 2018, evidenciando la solidez de estos conceptos, así como su utilidad a la hora de aplicarlos. Por último, en las conclusiones, se compartirán algunas recomendaciones dirigidas a estimular la difusión de esta línea de investigación.

**Palabras clave:** emociones y movimientos sociales, activismo de base, teoría de la acción, James Jasper.

---

\* Investigación realizada gracias al Programa UNAM-PAPIIT <IA300221>

\*\* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, México. Coordinadora del Laboratorio sobre Activismos y Alternativas de Base. Correo electrónico: [apoma@sociales.unam.mx](mailto:apoma@sociales.unam.mx); ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8755-6893>

\*\*\* Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM, México. Coordinador del Laboratorio sobre Activismos y Alternativas de Base ([www.lacab.org.mx](http://www.lacab.org.mx)). Correo electrónico: [gravante@ceiich.unam.mx](mailto:gravante@ceiich.unam.mx); ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1168-931X>

## Abstract

This article shows how to insert emotions as analysis variables in the study of social movements. After clarifying who our object of study is, namely social movements and grassroots activism, we will present the sociocultural approach to emotions that characterizes this line of study. In the main part of the paper, some of James M. Jasper's key concepts will be presented, from the most recent work of 2018, demonstrating the robustness of these concepts, as well as their usefulness when applying them. Finally, in the conclusions, some recommendations aimed at stimulating the dissemination of this line of research will be shared.

**Keywords:** emotions and social movements, grassroots activism, theory of action, James Jasper.

## Introducción

Hace diez años fue publicado el artículo “Emotions and Social Movements: Twenty years of Theory and Research” (Jasper, 2011), traducido al español el año siguiente (Jasper, 2012). Desde entonces, la línea “emociones y movimientos sociales” se ha ido consolidando gracias a su aplicación en diferentes países para entender diferentes movimientos sociales hasta llegar a lo que Jasper (2018) ha denominado una nueva teoría de la acción.

El objetivo de este artículo es mostrar las potencialidades de esta línea de investigación a partir de la aplicación de la propuesta teórica de Jasper (1997; 2018) para la comprensión del activismo de base en México y América Latina, con la esperanza de que se siga difundiendo y aplicando este enfoque en la región.

En esta ocasión no se ofrece una revisión sistemática de la literatura —que se puede encontrar en otros textos (Latorre, 2005; Ruiz Junco, 2013; Flam, 2015; Poma y Gravante, 2017a)—, sino la discusión de algunos conceptos centrales en el desarrollo de esta línea de investigación y su relevancia en la comprensión de diversas experiencias de protesta.

El objetivo del artículo busca estimular la difusión de este enfoque y aplicar algunos de sus conceptos teóricos. Lo anterior está motivado a que, por un lado, podemos observar un creciente interés en comprender el papel de las emociones en los procesos políticos y sociales, incluido el campo de estudio de los movimientos sociales y, por otro, existen aún dificultades al momento de incorporar estas como variables de análisis. Esto se debe a que el estudio de las emociones desde diferentes enfoques y disciplinas ha ido evolucionando

sobremano en las últimas décadas, generando a veces confusión alrededor de las categorías analíticas a disposición y su aplicación empírica.

Este artículo tratará, así, diferentes temáticas. El primer apartado retomará los conceptos de movimiento social y activismo de base, para introducir el objeto de estudio. Posteriormente, se presentará el enfoque sociocultural de las emociones, que caracteriza la línea de estudio “emociones y movimientos sociales”, la cual implica un entendimiento de las emociones distinto a la visión clásica. El tercer y último apartado estará dedicado a algunos de los conceptos clave de James M. Jasper, a partir del trabajo más reciente de 2018, evidenciando la solidez de estos conceptos, así como su utilidad a la hora de aplicarlos. Por último, en las conclusiones se compartirán algunas recomendaciones dirigidas a estimular la difusión de esta línea de investigación.

## **Comprender el objeto de estudio: los movimientos sociales y el activismo de base**

### **Los aspectos que caracterizan un movimiento social**

Los movimientos sociales son uno de los principales agentes de cambio social. Su estudio es necesario para comprender los procesos de construcción de alternativas, imaginarios, y de cambio cultural y de paradigma. Además, su estudio permite comprender la difusión y la promoción de ideas, valores y prácticas alternativas.

Para poder analizar la dimensión emocional de este fenómeno social es necesario profundizar en su comprensión, sus características y sus componentes. Uno de los aspectos más importantes para quien estudia el papel de las emociones en la protesta es comprender que los movimientos sociales se definen como una forma no convencional de hacer política; respecto de las formas convencionales de hacer política (el voto, la recolección de firmas, las consultas populares, etc.) que se desarrollan en situaciones ordinarias de la vida cotidiana, los movimientos sociales representan una excepcionalidad. Por esta razón, las emociones que emergen a lo largo del activismo en un movimiento social no coinciden con las que sentimos cotidianamente y, por lo tanto, necesitan de conceptos *ad hoc*.

Para entender la especificidad de la dimensión emocional de un movimiento social es necesario comprender de qué estamos hablando. La literatura internacional (Della Porta y Diani, 2011) coincide en que un movimiento social es una red de relaciones informales, es decir, un conjunto de relaciones no formalizadas entre una pluralidad de individuos, grupos y/o organizaciones. Los

movimientos sociales no son organizaciones, aunque pueden participar en ellos diferentes organizaciones de movimientos sociales (OMS). Por ejemplo, un sindicato o una ONG no representa un movimiento social, pero podrá ser parte de este.

En un movimiento social, cada persona puede sentirse involucrada en un esfuerzo colectivo sin adherirse necesariamente a alguna organización. Es por ello por lo que un movimiento social se constituye por participantes y no miembros. Por lo tanto, cuando analizamos la dimensión emocional de un movimiento social debemos, antes de todo, elegir qué sujeto estudiar, ya que los resultados serán distintos si elegimos a los activistas voluntarios involucrados a tiempo completo, a los simpatizantes o a los miembros de una organización que participa en el movimiento.

Un segundo aspecto que caracteriza un movimiento social es que los participantes involucrados deben elaborar un sistema de creencias compartidas, una solidaridad específica y un proceso de colectivización de las emociones. Este proceso favorece una reelaboración simbólica de lo que es real y posible y se vincula a la formación de una identidad colectiva, un elemento esencial en el activismo político.

Un tercer aspecto sumamente importante para analizar las emociones que caracterizan un movimiento social es tomar en cuenta que este fenómeno se caracteriza por relaciones conflictivas con oponentes claramente identificados, en una dimensión de política contenciosa. Este aspecto nos remite a la excepcionalidad de la protesta y, por lo tanto, también a la unicidad de la dimensión emocional que la caracteriza.

Por último, el enfoque propuesto en este texto considera, principalmente, movimientos de protesta, es decir, movimientos sociales que hacen un uso frecuente de los repertorios de la protesta, como las marchas, el carnaval, las huelgas, los performances, entre otras. Sin embargo, los repertorios de protesta no deben confundirse con un movimiento social. Por ejemplo, una marcha es un evento de protesta, no un movimiento social, y puede organizarse por cualquier actor social, como los sindicatos, los grupos de interés, los partidos, etc.

Como hemos visto anteriormente, un movimiento social es un conjunto de relaciones no formalizadas entre una pluralidad de individuos, grupos y organizaciones. Entre las diversas partes presentes, la más importante la constituyen los grupos de base, que permiten dar una continuidad en su contexto local y fuera de las agendas oficiales a las demandas del movimiento.

## **El activismo de base como motor de la acción política**

En el campo de estudio de los movimientos sociales, el activismo de base a veces pierde visibilidad por privilegiar el análisis del proceso de movilización y organización de los grandes eventos y/u olas de protesta, en lugar de estudiar el trabajo cotidiano, y a veces subterráneo, llevado a cabo por activistas y participantes. El estudio de la dimensión emocional de los movimientos sociales, por el contrario, se ha dirigido precisamente hacia el activismo de base, porque, como escribe Jasper (2014), las emociones “ayudan a poner atención a los individuos y pequeños grupos que son los primeros en darse cuenta y preocuparse por un problema” (p. 24). ¿A qué nos referimos, entonces, con este término?

El activismo de base nos remite a un abanico de diferentes acciones colectivas promovidas por grupos o comités de ciudadanos que se caracterizan principalmente por tener “una identidad local; estructura organizativa participativa, flexible y con bajos niveles de coordinación; y estrategias de acción que favorecen la protesta, aunque en formas moderadas” (Della Porta y Andretta 2001, p. 45). Asimismo, es constituido por voluntarios, que se diferencian de los activistas profesionales, como los asalariados de una ONG y, a diferencia de un movimiento social, se focaliza en problemáticas locales que apuntan a problemas que conciernen a la vida cotidiana de los activistas y participantes, así como en construir una cultura de la resistencia y de solidaridad en su comunidad de referencia (Johansson y Vinthagen, 2019).

Si los movimientos sociales se mueven exclusivamente en la arena de la contienda política, los grupos de base abarcan también la dimensión de la cotidianidad conjugando de esta manera las dos formas de involucramiento social. El activismo de base se caracteriza por una dimensión local, aunque desde su contexto puede promover soluciones locales a problemas globales y, al mismo tiempo, puede participar en movimientos sociales de más amplia envergadura, como ha sido la participación de muchos grupos de base ecologistas en la reciente ola del movimiento climático transnacional (Poma y Gravante, 2020).

La participación de estos grupos gira alrededor de una problemática específica que afecta a toda una comunidad o a un determinado grupo social, y su forma organizativa es poco estructurada y abierta. Esto explica por qué son grupos heterogéneos y flexibles, en los que participan personas muy diferentes entre sí, y tienen una capacidad de (re)organizarse y adaptarse con rapidez a los problemas que pueden emerger a lo largo de sus actividades o en su entorno.

Un aspecto sumamente importante en el activismo de base, vinculado con la dimensión emocional, es la capacidad de enmarcar los problemas que afectan a una comunidad como una *grievance*, por medio de construir un marco de injusticia alrededor de la problemática vivida y encauzar de esta forma un proceso de politización de la vida cotidiana (Gravante, 2019). Uno de los efectos de este proceso es la búsqueda de responsabilidad política y soluciones prácticas a sus demandas.

Otro aspecto que caracteriza el activismo de base es la práctica de la acción directa. A pesar de que muchos grupos se apoyan también en la vía legal para reivindicar sus derechos, la acción directa sigue siendo el punto central de sus actividades. Dicha acción directa se manifiesta de dos formas: por un lado, en la manifestación pública del descontento, es decir, en el acto de protesta, como el bloqueo de una carretera, la ocupación de un terreno o edificio, una marcha a lo largo de su colonia, etc.; por otro, en la solución práctica de los problemas que afectan a su comunidad. Este tipo de acción social directa (Bosi y Zamponi, 2015) se caracteriza por ignorar el repertorio tradicional de la acción contenciosa dirigida hacia las autoridades institucionales o actores sociales poderosos. De hecho, en este caso, la acción social directa está dirigida a generar mejorías de la condición humana dentro de su comunidad y es capaz de desarrollar métodos de autorganización para debilitar los vínculos de dependencia y las relaciones de chantaje con las instituciones, como pueden ser la reforestación y recuperación de un parque urbano degradado, la creación de bancos de alimentos o de comedores populares, la creación de ventanillas para dar servicios a grupos marginados como los migrantes hasta organizar la defensa de sus propios barrios frente a una ola de violencia.

Aclarada la diferencia entre un movimiento social y el activismo, mostraremos brevemente cómo se puede incorporar la dimensión emocional para su comprensión.

### **Las preguntas de investigación**

Las preguntas de investigación que caracterizan el campo de estudio de los movimientos sociales tienen que ver con la comprensión de las dinámicas de estos, por ejemplo, la motivación para la acción, que se puede reflejar en la pregunta “¿por qué estas personas protestan?” o “¿cuáles son los impactos (*outcomes*) de la protesta?”, que pueden ser políticos, sociales, culturales o biográficos (Giugni, 2004). En este último caso, las preguntas serán “¿cómo

influyó tal movimiento en las políticas públicas de su país?” o, en el cambio de gobierno de un año determinado, o si queremos analizar los impactos biográficos, “¿cómo ha cambiado la vida de los activistas a raíz de su experiencia en el movimiento?”.

Estas preguntas se pueden contestar desde diferentes teorías de los movimientos sociales. Sin embargo, los treinta años de investigación en emociones y protesta muestran que la respuesta a estas preguntas se enriquece cuando se incorporan las emociones como factores explicativos, ya que estas influyen en las acciones y la estrategia.

Analizar la dimensión emocional de la protesta implica entonces preguntarse cuáles son las emociones que influyen en las dinámicas analizadas. Si se analiza la motivación para la acción, por ejemplo, habrá que identificar cuáles son las emociones que han tenido un efecto movilizador en la experiencia de los activistas. Como escribe Flam (2015), este es uno de los aspectos más estudiados en el campo de las emociones y movimientos sociales, tanto que se ha llegado a hablar de “emociones movilizadoras”. Sin embargo, es muy importante destacar que las emociones no tienen características por sí mismas, porque es su construcción la que hace que puedan tener ciertos efectos. Entonces, si en muchos casos podemos observar que los sujetos movilizados sintieron emociones como la indignación o la rabia, esto no significa que todas las personas que sienten estas emociones se movilicen. Puede pasar, por ejemplo, que las personas que sienten indignación o rabia también sientan impotencia, resignación o miedo a perder su trabajo, incluso pueden sentir culpa por no atender los compromisos familiares o vergüenza al ser juzgados, o una mezcla de varias de estas emociones, y entonces no se movilicen. Comprender el conjunto de emociones que las personas sienten y cómo estas influyen en su acción política es el objetivo de la teoría de la acción propuesta por Jasper. Además, considerar que las emociones las construyen y manejan los sujetos y que dependen del contexto social y cultural en el que viven es parte del enfoque constructivista, incompatible con la visión clásica de las emociones, como mostraremos en el siguiente apartado.

## **El enfoque sociocultural de las emociones**

Empezamos este apartado mostrando cómo Jasper (1997) vincula las emociones con la cultura y la moral en el campo de estudio de los movimientos sociales. Luego mostrar las implicaciones de elegir un enfoque constructivista para analizar

la dimensión emocional, que comparten autores como Jasper y Hochschild en sociología, y psicólogas como Feldman Barrett (2017).

Para Jasper, la cultura es una dimensión esencial de la protesta y está vinculada con la moral. En el estudio de los movimientos sociales, Jasper (1997) afirma que el enfoque cultural se ha centrado en las creencias cognitivas, dejándose escapar las emociones y las visiones morales que las soportan (p. 9). Él mismo dice en otro texto que, “si queremos incorporar la moralidad en las ciencias sociales como un conjunto de motivaciones para la acción, debemos reconocer las emociones involucradas: se siente bien hacer lo correcto” (Jasper, 2018, p. 14)<sup>1</sup>.

Más que como un concepto unitario, el autor se refiere a la cultura como un conjunto de creencias, sentimientos, rituales, símbolos, visiones morales y prácticas culturales. La cultura bajo esta visión es dual, porque es observable tanto a través de entrevistas con individuos como a través del análisis de las materializaciones públicas, y tiene la doble faceta de ser estática cuando se convierte en estructura, y dinámica cuando los sujetos la pueden cambiar. La cultura es así una dimensión central de la protesta, aunque no es la única, porque, como muestra el autor, la protesta no se puede entender si no se consideran también los recursos, las estrategias y la biografía de los activistas.

Si bien recursos y estrategias han sido atendidos en el estudio de los movimientos sociales —siendo Jasper (2006a y 2006b) quien ha logrado demostrar la relevancia de las emociones en la dimensión estratégica de la protesta— la dimensión biográfica ha sido atendida solo en parte en la literatura de impactos biográficos de la protesta (Giugni, 2004).

Jasper (1997) también destaca el papel del individuo en la protesta como actor activo en la construcción de los procesos colectivos, sociales y culturales, porque, como escribe el autor, “es el individuo quien puede tener una visión del mundo compleja, no una sociedad” (p. 48).

Esto puede explicar la atención hacia la dimensión biográfica de la protesta. Por otro lado, la cultura:

[...] son los constructos mentales implícitos y explícitos que compartimos con los demás [...], la biografía cubre los procesos gracias a aquellos elementos de

---

<sup>1</sup> La numeración de páginas de esta obra corresponde a la edición en formato digital, la cual puede variar según los ajustes del documento.



la cultura más amplia que son seleccionados para usarlos en un arsenal mental y emocional de los individuos. (pp. 55-57)

Ambas dimensiones ayudan a definir los recursos y las estrategias de los movimientos sociales, mostrando cómo todas las dimensiones que las diferentes teorías han incorporado están interconectadas.

La dimensión cultural de la protesta incluye creencias cognitivas, respuestas emocionales y evaluaciones morales en una interacción en la que, si, por un lado, las emociones influyen las visiones morales y las creencias cognitivas, por el otro, estas influyen en las emociones que llevan a la acción y a la creación de alternativas (Jasper, 1997, p. 375).

La visión culturalmente centrada de la protesta que caracteriza a Jasper ha sido influenciada por la teoría sociológica de Hochschild (1979; 1983), la cual desde los años setenta supo demostrar cómo las emociones que las personas sentimos y la forma en la que las expresamos son el resultado de una construcción sociocultural. Sin adentrarnos en la propuesta teórica de Hochschild<sup>2</sup>, consideramos apropiado recordar que la autora no solo se caracterizó por los conceptos de *feeling rules* y *emotion work*, sino, más recientemente, por ofrecer una clave de interpretación para comprender la polarización entre conservadores y liberales en EE. UU. (Hochschild, 2016).

Tanto para Hochschild como para Jasper, el sujeto que siente es activo en el acto de sentir y manejar sus emociones, las cuales, aunque construidas biológicamente en el cerebro, dependen del contexto social y cultural en el que vive el individuo. Los aportes de ambos autores no se dirigen a proponer una definición de emoción<sup>3</sup>, sino a comprender los procesos socioculturales de la construcción de estas y sus efectos en el mundo social y en la protesta.

---

<sup>2</sup> Para una aplicación de Hochschild en el estudio de los movimientos sociales, ver Gravante y Poma (2018).

<sup>3</sup> Es común en el enfoque sociocultural de las emociones usar indistintamente los términos "emoción" y "sentimiento", aun cuando se les pueda atribuir una intensidad diferente. Eso se debe a varias razones, como el hecho de asumir que todas las emociones dependen de algún proceso cognitivo, superando la distinción entre estos términos que proponen neurocientíficos como Damasio (2003), o por el "criterio de familiaridad" (D'Oliveira-Martins, 2018, p. 83), es decir, usar la terminología de los sujetos con los que se trabaja. En el apartado dedicado a las tipologías de Jasper mostraremos la importancia de analizar la construcción de diversas emociones, aun cuando las nombramos con las mismas palabras, y de identificar las características de estas, como su temporalidad, si se dirigen o no a un objeto o el grado de su procesamiento cognitivo.

Además de tomar en cuenta los avances de casi medio siglo de sociología de las emociones (Hochschild, 1975; 1979; 1983; 2016), es importante destacar que la neurociencia y la psicología también han avanzado recientemente en esta dirección. Por ejemplo, para Feldman Barrett (2017), la teoría de la emoción construida en psicología se diferencia de la que la autora define como la visión clásica de las emociones al preguntar cómo se construyen las emociones en lugar de dónde; al analizar la variabilidad de las distintas formas de construir “casos de emoción” y su expresión, y no debido a la universalidad; al considerar a las emociones como construcciones sociales y culturales y no como algo innato en la especie; al considerar a las personas como sujetos activos que construyen y manejan o dominan sus emociones, y al romper con el dualismo entre emociones y racionalidad, incluyendo las emociones entre los elementos indispensables en los procesos de toma de decisiones.

La ruptura del dualismo cartesiano entre emociones y racionalidad se refleja también en Jasper, cuando afirma que “las emociones están intrínsecamente conectadas con los significados cognitivos que uno construye sobre el mundo y las evaluaciones morales que lo acompañan. Este enlace está presente también cuando las emociones entran en conflicto con la conciencia moral y cognitiva” (Jasper, 1997, p. 110), y al introducir el concepto de procesos de sentir-pensar (*thinking-feeling process*) (Jasper, 2018).

Ahora bien, la cercanía entre la “teoría de la emoción construida” de Feldman Barrett (2017) y el enfoque sociocultural es muy grande, compartiendo una orientación constructivista que se basa en “la idea según la cual los humanos creamos todo lo que conocemos y del que tenemos experiencia, o por lo menos los marcos de interpretación a través de los que filtramos toda nuestra experiencia” (Jasper, 1997, p. 10). Bajo la mirada constructivista, los sujetos erigen “casos de emociones” (Feldman Barrett, 2017) que, aunque los identificamos con una misma etiqueta, son diferentes entre sí. Por ejemplo, la rabia que siente un activista al ver talar los árboles del bosque que está defendiendo no es la misma emoción de la rabia de un esposo que agrede a su mujer. En el primer caso, podemos hablar de rabia moral, basada en principios morales que hacen percibir la tala de los árboles como una injusticia que, además, genera dolor, mientras que, en el segundo caso, es más probable encontrar una rabia primaria construida a partir de la frustración y el miedo de perder la autoridad y el poder. Los efectos también son diferentes, porque mientras la rabia del activista puede motivar a la acción, aunque también es posible que deba ser

manejada para evitar una mayor represión, la rabia expresada por el esposo a través de agresiones verbales o físicas le generará alivio y satisfacción.

Este ejemplo permite aclarar por qué desde el enfoque de las emociones como constructos socioculturales resulta central analizar quién (el sujeto) está sintiendo qué emociones, hacia quién (direccionalidad) y cómo estas emociones interactúan entre sí, ya que en muchas ocasiones sentimos varias emociones a la vez.

Concluimos la presentación del enfoque aclarando que, mientras la psicología y la neurociencia pueden aportar más conocimiento empírico sobre la dimensión biológica de las emociones, que se toma en cuenta en sociología sin ser el objeto de estudio, la sociología de las emociones y la de los movimientos sociales está ofreciendo resultados muy sólidos en cuanto a los procesos de construcción social y cultural de las emociones. A continuación, profundizaremos en la propuesta teórica de Jasper y su aplicación.

## **Comprender y aplicar la teoría de la acción de James M. Jasper**

James M. Jasper no es el único autor que ha contribuido a la línea de investigación en emociones y movimientos sociales. No obstante, y sin lugar a duda, podemos afirmar que es el autor que ha dedicado mayor parte de su carrera académica y de su vida a ello. Su último libro, dedicado exclusivamente a las emociones de la protesta (Jasper, 2018), es un punto de partida obligatorio para quienes quieran aplicar esta teoría y contribuir a robustecerla. Lo que nos ofrece el autor es la consolidación de la tipología de emociones que ha permitido a muchos investigadores analizar la dimensión emocional de la protesta de manera sistemática. Cabe señalar, además, que este libro es el resultado del diálogo que el autor, especialista en sociología de los movimientos sociales, ha tenido con las demás disciplinas que construyen lo que Feldman Barrett (2017) denomina la ciencia de las emociones.

Sin pretender hacer una reseña de la obra (Poma y Giannini, 2021), el objetivo del apartado es presentar algunos de los conceptos más aplicados en las investigaciones empíricas, destacando su utilidad y alcance con la esperanza de multiplicar los estudios empíricos y poder avanzar así en la comprensión de la acción colectiva contenciosa.

## **Las baterías morales**

Uno de los primeros conceptos que queremos resaltar, y que a veces genera confusiones, es el de baterías morales (Jasper, 2012)<sup>4</sup>. El autor ofrece este concepto como una herramienta para agilizar el análisis empírico de la dimensión emocional. Una batería moral consiste en una pareja de emociones contrapuestas como vergüenza-orgullo, alegría-pena o esperanza-ansiedad, ya que, como afirma el autor, “una emoción puede fortalecerse cuando implícita o explícitamente la enfrentamos con su opuesta, tal como funciona una batería a través de la tensión entre sus polos positivo y negativo” (Jasper, 2012, p. 52). Buscar baterías morales de emociones en la experiencia de la protesta y el activismo es un primer paso para analizar la interacción de diferentes emociones (Gould, 2009; Poma y Gravante 2017a; Poma, 2019a), así como analizar el manejo de las emociones indeseadas o identificar reglas del sentir contrapuestas (Gould, 2009; Flam, 2005; Gravante y Poma, 2018; 2022; Gravante, 2020).

Las baterías morales son útiles para identificar emociones hacia diferentes actores de la contienda, ya que se puede llegar a odiar a quienes amenazan lo que se ama, sean seres vivientes, humanos o no humanos, animales o vegetales, lugares o ideas.

## **Las emociones recíprocas y compartidas en el activismo**

Este ejemplo nos lleva a introducir otro concepto de Jasper muy relevante en su aplicación, el de las “emociones recíprocas”. Estas son las que sienten los miembros del grupo entre sí o, citando a otra autora de referencia en el campo de estudio de los movimientos sociales, “estos lazos de amistad entre miembros de un movimiento social [...] que animan la participación de las personas en el movimiento” (Della Porta, 1998, p. 223). Las emociones recíprocas pueden motivar a la acción y fortalecer el compromiso cuando la acción de protesta puede generar beneficios a las personas del grupo e influir en las estrategias. Cuando se modifican, pueden llegar a perjudicar la relación con los miembros del grupo o representar algún peligro. Las emociones recíprocas pueden, además, influir en la reelaboración de los impactos de la protesta o convertirse ellas mismas en resultados de la protesta. En el primer caso, como muestra Adams (2003), la conclusión de un movimiento, aunque este haya conseguido el objetivo último, como derrotar la dictadura de Pinochet en Chile, puede ser “amarga” para los

---

<sup>4</sup> En algunas ocasiones, solo pondremos una referencia, aunque el concepto se trabaje en más de una obra, tomando en cuenta la más actual o accesible, en este caso por ser en español.

participantes, porque al terminar la experiencia de resistencia se pierde el contexto de socialización y solidaridad que había caracterizado la experiencia de resistencia. Un caso opuesto al que expone Adams es la experiencia del colectivo Mujer Nueva de Oaxaca, que nació a raíz de la experiencia de la insurgencia de la ciudad y que no logró derrotar al entonces gobernador Ulises Ruiz, pero que sí permitió a algunas mujeres conocerse, empoderarse y construir su propio espacio de resistencia (Poma y Gravante 2019; Gravante 2016). En este último caso, así como en el caso de la resistencia contra la inundación del Valle de Riaño en la provincia de León (España), las emociones recíprocas se convierten en resultados de la protesta y pueden tener un impacto en futuras acciones.

Jasper (1997) identifica las emociones recíprocas como parte de las emociones colectivas, categoría en la cual incluye las emociones compartidas. Es necesario aclarar que todas las emociones se pueden compartir con otras personas, y esta interacción es un elemento central en la construcción de las emociones porque es al compartirlas con otros que se pueden generar efectos diferentes. Por ejemplo, la preocupación que se puede sentir al recibir la noticia o el rumor de que el territorio en el que uno habita podría sufrir afectaciones por una infraestructura se puede transformar en acción en el momento en que más personas de este territorio comparten ese sentir (Poma, 2017). Como demuestra Jasper (1997), no es necesario tener conocidos en un movimiento para participar, ya que las redes se pueden crear a partir de una inquietud compartida con personas desconocidas; no obstante, la colectivización de las emociones es un proceso clave en la protesta. Por ejemplo, la enfermedad o la muerte en muchas culturas son asuntos privados; sin embargo, cuando se colectivizan, implica también compartir las emociones que generan estas experiencias, como el dolor, la tristeza, la preocupación, la impotencia, por lo que pueden generar acción. Al identificar culpables (por ejemplo, el Estado, cuando se considere directa o indirectamente responsable por la muerte o enfermedad), el dolor se puede transformar en rabia, como mostró Gould (2009) en el caso de la pandemia de sida de los años noventa.

Otro ejemplo es el caso de la lucha contra la contaminación del río Santiago en Jalisco (México), donde los pobladores de los municipios de El Salto y Juanacatlán, solo después de la muerte de un niño en 2008 y de una asamblea en la que las personas empezaron a compartir las experiencias de las enfermedades que padecían, empezaron a enmarcar la degradación del río que, desde los años setenta, había generado la muerte de peces y de ganado, mal olor, plaga de mosquitos, enfermedades renales y cutáneas, etc., todo como resultado de la contaminación del corredor industrial. Este caso, así como otros parecidos

(Auyero y Swistun, 2008), destaca la complejidad de reconocer a las mismas empresas que generan trabajo como parte del problema y hacia la cuales Hochschild (2016) muestra que el sistema proindustrial hace sentir lealtad. Además, en lo que se refiere a la cultura en los países católicos, la enfermedad se vive como un castigo, y eso genera vergüenza y culpa, emociones que tienen que ser manejadas para que se transformen en rabia, al igual que el dolor por la muerte de los enfermos de sida, como se describe en Gould (2009).

Antes de proceder a describir la tipología de emociones propuesta por Jasper, queremos tratar otro concepto propuesto por el autor que ha recibido atención y que a veces puede ser confuso: el *shock* moral.

### **El proceso del *shock* moral**

Según la definición del autor, el *shock* moral es la respuesta emocional a un evento o información que “ayuda a las personas a pensar en sus valores básicos y cómo el mundo diverge de esos valores” (Jasper, 1998, p. 409). El *shock* moral es así un proceso en el que intervienen muchas emociones, como la sorpresa, el miedo, la indignación o la preocupación. Este momento de ruptura en la vida de las personas se diferencia de un *shock* o trauma psicológico por su carácter moral. Son los valores de los sujetos que permiten que la información recibida se enmarque como una injusticia y es la colectivización de las emociones la que genera esta ruptura que puede, a su vez, crear las condiciones para que se organice una respuesta colectiva. Ejemplos de *shock* moral pueden ser la noticia de la construcción de una presa (Poma, 2017), la desaparición de estudiantes, como pasó en Ayotzinapa (México) en 2014 (Gravante y Poma, 2019; Gravante, 2018), una fuerte represión inesperada o un feminicidio. Estos eventos no son especiales de por sí, ya que podemos contar miles de casos parecidos que no han generado una respuesta masiva, pero, en ciertos contextos, la respuesta emocional que produjeron derivó en movimientos extraordinarios. Esta respuesta emocional, además de depender del momento histórico y de la cultura, puede depender de la construcción de las narrativas contrapuestas construidas alrededor del problema, como es el caso de algunos feminicidios donde las mujeres denuncian la violación de derechos humanos, mientras que la prensa muestra información denigratoria sobre la víctima. Esta respuesta emocional puede depender también de la cercanía con las víctimas o el lugar amenazado, lo que resalta la importancia de los compromisos afectivos que presentaremos a continuación. Estos últimos elementos (narrativa y abstracción) podrían ser clave para entender por qué la

emergencia climática no ha generado un *shock* moral, como destacan Kleres y Wattergren (2017).

### **¿Cómo categorizar las emociones en el estudio de los movimientos sociales?**

En este apartado trataremos la tipología de emociones a las cuales Jasper dedicó el libro de 2018 y que son el resultado de veinte años de aplicación empírica y desarrollo teórico.

Lo primero que hay que destacar es que esta tipología es una herramienta analítica indispensable para analizar la dimensión emocional de la protesta, porque nos permite identificar emociones con características diferentes aun cuando las nombramos con la misma palabra.

La construcción de esta tipología se llevó a cabo identificando diferentes características de las emociones, por ejemplo, su efecto en la protesta (Jasper, 1997, p. 104), la escala temporal, hacia qué o quién se sienten (Goodwin et ál., 2001), o el grado de procesamiento cognitivo.

El autor llegó a proponer cinco tipos de emociones:

Emociones reflejo (*Reflex Emotions*): respuestas automáticas bastante rápidas a eventos e información, a menudo tomadas como el paradigma de todas las emociones: rabia, miedo, disgusto, sorpresa, conmoción, decepción y alegría.

Necesidades (*Urges*): necesidades corporales urgentes que desplazan otros sentimientos y la atención hasta que se satisfacen: lujuria, hambre, adicción a sustancias, necesidad de orinar o defecar, agotamiento o dolor físico.

Estados de ánimo (*Moods*): sentimientos energizantes o desenergizantes que persisten a lo largo de los contextos y que normalmente no se dirigen a objetos directos; pueden ser modificados por emociones reflejo, como sucede durante las interacciones.

Compromisos afectivos (*Affective Commitments*): sentimientos relativamente estables, positivos o negativos, hacia otras personas o cosas, como el amor y el odio, el agrado y el desagrado, la confianza o desconfianza, el respeto o el desprecio.

Emociones morales (*Moral Emotions*): sentimientos de aprobación o desaprobación (incluso de nosotros mismos y nuestras acciones) basados en intuiciones o principios morales, como vergüenza, culpa, orgullo, indignación, ultraje y compasión. (Jasper, 2018, p. 13)



Las necesidades han sido incluidas por el autor por ser estados del cuerpo estrictamente vinculados con procesos cognitivos y emociones, aunque, a diferencia de estas, solo el deseo necesita de interacción social. Las necesidades han sido incluidas en el estudio de los movimientos sociales al poder influir en acciones y estrategias hasta poder convertirse en estrategias en algunos casos, como la huelga de hambre.

Desde el enfoque que se presenta en este artículo, las necesidades son particularmente relevantes cuando generan emociones. Por ejemplo, hay emociones que puede inhibir necesidades, como pasa con el miedo, la tristeza o el disgusto, las cuales pueden quitar el hambre y el deseo, mientras que otras emociones, como la alegría, los pueden estimular.

Las necesidades, además, generan emociones, por ejemplo, el cansancio puede favorecer un estado de ánimo de pesimismo y el excesivo calor puede generar irritabilidad. Al satisfacerse, las necesidades pueden generar emociones como el alivio, la alegría, el optimismo, mientras que en el caso contrario se puede llegar a sentir rabia o tristeza. También se puede sentir vergüenza o culpa por tener ciertas necesidades que consideramos inapropiadas o inmorales.

En la cotidianeidad de los movimientos sociales, las necesidades pueden ser importantes en la interacción entre los activistas y participantes, ya que pueden influir en las emociones recíprocas. En este sentido, se ha analizado cómo la libido y el deseo sexual pueden llegar a perjudicar a un colectivo (Goodwin, 1997) al tiempo que pueden emplearse estratégicamente para infiltrar a espías en los movimientos, gracias al acceso de parejas o amantes.

También el repertorio de la protesta se puede ver afectado por algunas necesidades. Una marcha muy larga con un calor abrasador, sin la posibilidad de hidratarse o refrigerarse, puede tener secuelas en la salud de los participantes y generar emociones que difícilmente harán que la mayoría vuelva a participar. Si, como mostró Jasper (2012), apoyándose en Collins (1975), los momentos colectivos y los rituales pueden generar energía emocional que “provee a las personas conciencia sobre los grupos y una motivación para participar en empresas colectivas” (p. 55) y placer emocional (Jasper, 1997), las necesidades no satisfechas pueden generar un desgaste emocional que puede llevar a percibir negativamente la experiencia y no querer volver a repetirla. Por esta razón, en la elección de los repertorios y las tácticas, es muy importante considerar el bienestar de los participantes, sin aburrirlos, desgastarlos, lastimarlos, etc.



Los movimientos posindustriales, como los define Jasper (1997), rompen con la cultura del sacrificio, que caracteriza, por ejemplo, la militancia marxista. Durante las últimas décadas, en los movimientos sociales se puede observar una atención creciente a la salud física y mental de activistas y participantes, un aumento de las prácticas de cuidado y autocuidado, y la atención a necesidades sexuales, como ocurre en los movimientos LGBTQI+ o feminista. El hecho de que algunas necesidades, como el deseo sexual o la adicción a drogas, se puedan convertir en símbolos de la identidad colectiva de un movimiento social y ser objeto de controversias entre activistas y opositores es algo que desde siempre ha caracterizado a los movimientos culturales.

Las emociones reflejo son las respuestas inmediatas al entorno físico o social y se caracterizan por una temporalidad limitada. Es decir, aunque se puedan llegar a sentir de manera intensa, no duran mucho y difícilmente influyen las decisiones futuras y las estrategias de los movimientos. Ahora, a pesar de que los seres humanos sentimos estas emociones, también definidas como primarias, a lo largo de toda experiencia, la crítica que se hace desde el enfoque aquí propuesto es que no pueden ser consideradas como el paradigma de todas las emociones. Además, emociones como la rabia, el miedo, la alegría o el disgusto las podemos encontrar en los relatos u observar en la experiencia de los sujetos como emociones reflejo, pero también en formas más complejas, como estados de ánimo o emociones morales, como veremos a continuación.

Para identificar en un relato una emoción reflejo podemos fijarnos en la temporalidad o en la intensidad de esta y en su procesamiento cognitivo. Si al compartir la experiencia en una marcha, un participante, por ejemplo, cuenta cómo se asustó por un relámpago que estalló de manera inesperada en el cielo como una anécdota más, podemos identificar un miedo reflejo; mientras que si la misma persona nos comenta que desde el día anterior a la marcha estuvo preocupada y nerviosa por la posible represión que hubiera podido sufrir en la marcha, podemos identificar un miedo moral construido cognitivamente sobre la base de la experiencia y los valores del sujeto hacia las autoridades.

Las emociones reflejo pueden ser el resultado de necesidades, pero también generar otras emociones, como la hostilidad o la desconfianza (hacia las autoridades, por ejemplo). En un contexto represivo, un activista puede llegar a sentir un miedo reflejo por la porra de un policía que se dirige hacia su cabeza o una bomba lacrimógena entre sus pies, pero también un miedo moral al estar consciente de poder desaparecer, ser arrestado o torturado, o quedar lesionado por las golpizas durante una acción. Finalmente, también se puede vivir un clima de

terror cuando el miedo se convierte en un estado de ánimo permanente. Es importante destacar que el contexto político y social es central en la construcción de estas emociones, ya que, en contextos autoritarios, las expectativas de los activistas serán diferentes que en contextos no autoritarios.

Las emociones reflejo también pueden convertirse en emociones morales, por ejemplo, cuando una rabia reflejo se transforma en indignación al enmarcarse la experiencia como una injusticia. Asimismo, los estados de ánimo tienen una temporalidad más larga que las emociones reflejo, pero menor a los compromisos afectivos que veremos más adelante, y pueden ser relevantes en este contexto por afectar la disponibilidad hacia la acción y por poder convertirse ellos mismos en resultados de la protesta.

Esta, pues, se trata de la única tipología de emociones que no está dirigida a un objetivo, sino al resultado de la experiencia vivida por las personas. Además, los seres humanos no siempre estamos conscientes de nuestro estado de ánimo y esto puede tener un impacto en las decisiones que tomamos.

Jasper (2018), por ejemplo, muestra que los mejores estados de ánimo para tomar decisiones son los suaves (*mild*) y agradables como la tranquilidad, mientras que los profundos, ya sean agradables como la euforia o desagradables como la angustia modifican la percepción de la realidad, impidiendo tomar en cuenta la más vasta gama de escenarios posibles. Así, mientras la angustia o la resignación pueden llevar a la inacción, la euforia puede traer consigo errores estratégicos basados en las altas expectativas en términos, por ejemplo, de recursos o compromiso de los participantes.

Los estados de ánimo juegan un papel importante en la construcción de las demás emociones. Por ejemplo, si un activista es pesimista es más probable que sus expectativas en cuanto a la participación sean bajas, pero, aun participando, muchas personas pueden no disfrutar del éxito de la acción; al contrario, es posible que una persona muy optimista quede decepcionada si la participación, incluso cuando es mayor a la esperada, no satisface sus expectativas. Es parte de la estrategia de los movimientos desafiar las situaciones desagradables y, para ello, es necesario manejar los estados de ánimo desagradables y contagiar aquellos agradables que inciden positivamente en la participación política.

Al analizar la dimensión emocional, podemos fijarnos en la múltiple interacción que los estados de ánimo tienen con las demás emociones, por ejemplo, los compromisos afectivos, como emociones recíprocas, pueden generar estados de ánimo agradables, ya que es probable que nos sintamos felices al compartir la

experiencia de lucha con las personas que queremos. Por otro lado, la rabia o el disgusto ya sean reflejos o morales, podrían generar un estado de ánimo desagradable; en contraste, sentir alegría puede favorecer un estado de ánimo positivo.

Hacer lo que consideramos correcto, como escribe Jasper (2018) nos hace sentir bien, entonces, actuar movidos por emociones morales, como la indignación, puede generarnos estados de ánimo agradables.

Una vez más, lo que puede resultar difícil es reconocer las diferentes tipologías en una emoción que nombramos con una misma palabra. Jasper (2018) aporta diversos ejemplos en este sentido, proporcionando una vez más las herramientas para analizar la dimensión emocional de la protesta. Por ejemplo, para reconocer una tristeza reflejo de un estado de ánimo, el autor sugiere fijarse en el objeto que genera la tristeza. Sentirse tristes cuando llueve es un estado de ánimo, ya que no es una condición general que puede presentarse en ciertas condiciones, mientras que sentirse tristes por la lluvia en un contexto específico es una emoción reflejo. Si un activista afirma que se sintió triste porque la marcha se suspendió por la lluvia, podemos identificar una emoción reflejo que podremos vincular con otras emociones como la frustración por haber trabajado tanto en su organización, pero la misma persona puede que no sea una persona que se entristezca cuando llueve, sea optimista, y responda a la situación inesperada con esperanza y entusiasmo.

Otro ejemplo que proporciona el autor es la distinción entre una felicidad moral, que es el resultado de la satisfacción de hacer lo correcto, una felicidad relacionada con el estado de ánimo, que se asocia con un momento concreto de la vida de la persona, y una felicidad reflejo por algo puntual que le pasó a la persona, como la alegría por el éxito de una marcha. No siempre las tres formas de felicidad están presentes. Un activista, por ejemplo, puede tener un estado de ánimo de tristeza o pesimismo, pero aun así sentir satisfacción por lo que hace o alegría por el éxito de una acción.

El último elemento que hay que destacar respecto a los estados de ánimo es que pueden ser el resultado de la experiencia de lucha. Poma (2017), por ejemplo, muestra cómo algunos habitantes de pueblos afectados por represas en España y México que lograron evitar que sus territorios quedaran inundados hayan experimentado estados de ánimo agradables intensos aun cuando al principio eran pesimistas acerca de la posibilidad de ganar la lucha. Al contrario, otro caso en el que sí había esperanza y optimismo, el cambio de régimen en España con el que llegaría la democracia, finalmente produjo decepción y otros estados de ánimo

desagradables muy intensos a tal grado que hubo suicidios y casos de depresión. El caso de la lucha por la recuperación del Valle de Riaño (Poma, 2017), sin embargo, es también el ejemplo de cómo los compromisos afectivos y las emociones morales que trataremos a continuación permiten manejar estados de ánimo negativos e intensos influyendo positivamente en la participación.

### **Los compromisos afectivos**

Los compromisos o vínculos afectivos tienen una temporalidad más larga que los estados de ánimo, ya que se pueden construir a lo largo del año o de una vida. Son emociones por lo general más estables y caracterizadas por un proceso cognitivo más elaborado respecto a las categorías anteriores. Los compromisos afectivos, que constituyen parte de nuestra identidad y nos orientan en nuestras acciones, incluyen baterías emocionales como amor/odio, confianza/desconfianza, respeto/desprecio, cariño/resentimiento, admiración/disgusto, apego/desapego, entre otras. Son emociones que no necesariamente se direccionan hacia otro ser humano, el vínculo puede ser también con las ideas, los lugares, los objetos o las instituciones. Por ejemplo, en nuestras investigaciones (Poma 2017; Poma y Gravante, 2017b) se destaca el papel del apego al lugar como principal emoción movilizadora en los conflictos socioambientales. Igualmente, hemos visto cómo el amor a un bosque, un manantial u otros espacios naturales representa un vínculo afectivo que determina también las estrategias del activismo socioambiental (Poma y Gravante, 2018). En otros casos, como los grupos anarcopunks, el amor y apego a ideas, como la libertad, o valores, como el antiautoritarismo, representan emociones que van a conformar la identidad colectiva de estos grupos políticos (Poma y Gravante, 2016). De hecho, los vínculos afectivos hacia diferentes actores de la contienda influyen en la construcción de la identidad colectiva, es decir, del “nosotros” vs. “ellos”, y del sentido de pertenencia. Además de analizar las emociones recíprocas que se sienten hacia los miembros del grupo, como mostramos anteriormente, es también relevante ampliar la direccionalidad de las emociones y analizar las emociones que las personas sienten hacia otros actores, incluidos sus oponentes o enemigos.

Se puede comprender así, por ejemplo, cómo la falta de participación de los ciudadanos y su oposición a medidas y programas institucionales se debe no a su apatía, sino a una profunda desconfianza hacia estos actores. En esta misma línea, Flam (2005) muestra cómo las relaciones de dominación se fortalecen gracias a emociones como la admiración, el respeto, la vergüenza o el miedo (*cementing emotions*), mientras cuando estas se presentan en menor medida, pueden surgir

emociones contrasubversivas, como el odio, la rabia, la desconfianza y el desprecio, que sucesivamente los movimientos “tienen que generar para ser persuasivos y ganar nuevos miembros” (p. 19).

Los vínculos afectivos pueden cambiar a lo largo de la vida de un individuo, a veces como consecuencia de una traición, que nos empuja a un proceso de reinterpretación de nuestros vínculos. En este caso, la traición puede ser por parte de personas identificadas en el “nosotros”, o por otros actores de la contienda. Cuando las rupturas ocurren con personas cercanas, el efecto puede ser devastador en términos de energía emocional y compromiso político, pudiendo generar desesperación o resignación; cuando la traición es por parte del Gobierno, esta genera una indignación especialmente movilizadora en términos políticos (Jasper, 2012, p. 53).

Los compromisos afectivos no solo se sienten hacia personas, sino también hacia los lugares. El concepto de “apego a un lugar” (Low y Altman 1992; Devine-Wright y Manzo 2014; Poma 2017, 2019b) permite comprender cómo la relación con un lugar puede movilizar en la defensa de este, fortaleciéndose a raíz de la resistencia (Poma y Gravante, 2017b), o puede debilitarse a raíz de los cambios en el territorio, por ejemplo, a raíz del cambio climático (Devine-Wright, 2014).

Los vínculos afectivos, siendo emociones estables, pueden estar latentes y emerger cuando el objeto hacia el que se dirigen está en peligro. Por ejemplo, el amor o el apego a un lugar puede reactivarse cuando ese lugar es amenazado y hay miedo a perderlo, así como sucede con las personas.

En el proceso organizacional y estratégico de los movimientos sociales, la confianza reviste una alta importancia en cuanto determina con quién nos aliamos y cómo actuamos en los distintos escenarios políticos, mientras que la desconfianza representa una emoción central en la relación de distanciamiento entre movimientos e instituciones. La confianza no solamente se experimenta hacia las acciones de los otros (en los que confiamos), sino también en nuestras propias habilidades de juzgar su confiabilidad. Volviendo a poner la atención en la interacción entre emociones, se ha observado cómo determinados estados de ánimo agradables ayudan a construir o fortalecer la confianza.

Por último, recordamos que, como ya vimos para las emociones recíprocas, algunos compromisos afectivos pueden ser considerados como resultados mismos de la protesta. Por ejemplo, Poma (2017) muestra cómo los vínculos entre habitantes de un territorio amenazado se pueden fortalecer al compartir

la percepción de la amenaza y actuar para enfrentarla, o al compartir valores y, como veremos a continuación, emociones morales.

### **Las emociones morales**

Las emociones morales tienen una duración larga, se basan en principios o intuiciones morales y están estrictamente entrelazadas con procesos cognitivos. Son emociones de aprobación o desaprobación y pueden ser dirigidas hacia los otros y sus acciones, así como hacia nosotros y nuestras mismas acciones, cuando, por ejemplo, nos avergonzamos por algo que hicimos.

Esta tipología incluye emociones como la vergüenza, la culpa, el orgullo, la indignación, el ultraje, la compasión, la venganza, el desprecio, entre otras. Estas emociones son especialmente importantes cuando, como individuos, interactuamos con el mundo, y se construyen a partir de las creencias o convicciones sobre el sistema social en el que vivimos, las cuales son fortalecidas, reinterpretadas o redirigidas por los activistas. Por ejemplo, la reciente ola de feminismo en México y América Latina está reivindicando la indignación y la rabia (moral) frente al número creciente de feminicidios, así como por el desentendimiento de las autoridades.

La razón de por qué no todos nos indignamos por lo mismo depende de los diferentes valores que priorizamos y de lo que consideramos justo o injusto. Las emociones morales, siendo vinculadas a nuestros valores y creencias, no cambian a menos que cambie nuestra forma de interpretar la realidad o la priorización de nuestros valores. Es así posible que un activista que se indignó toda su vida por injusticias sociales llegue a indignarse por un ecocidio solo después de haber conocido alguna experiencia de lucha vinculada con el medioambiente que lo llevó a priorizar no solo valores altruistas, sino también biosféricos (Poma, 2019b).

Además, las emociones morales son las más importantes en los procesos que caracterizan la acción política de los movimientos sociales y en los procesos de movilización, y pueden tener efecto en las decisiones estratégicas, como la elección de efectuar acciones directas no-violentas, o los mismos objetivos de la protesta. Por ejemplo, la compasión hacia los animales no humanos puede ser un medio en la lucha, pero también puede transformarse en un objetivo cuando se quiere expandir la compasión del público. La forma en la que Jasper (2006b) muestra la piedad hacia las víctimas, por sí sola, no lleva a la acción si no es asociada con ultraje hacia el perpetrador.

Los movimientos sociales, también, apuntan en transformar nuestras responsabilidades morales, en cuanto intentan ayudar a sus participantes a articular nuevas visiones morales basadas en nuevas formas de sentir-pensar. Un ejemplo es la expansión de emociones morales, como la compasión y el sentido de injusticia, a los seres vivos no humanos que el movimiento en defensa de los animales ha promovido a lo largo de estas décadas, lo que ha logrado cambios culturales y políticos en muchos países.

Las emociones morales pueden también jugar un papel en la formación o fortalecimiento de la identidad colectiva, ya que al compartirlas las personas pueden empezar a sentirse parte de un “nosotros” que, por ejemplo, se caracteriza por indignarse frente a los feminicidios, a la explotación de los animales o a la destrucción del medioambiente. Otras emociones como la rabia o el dolor también pueden tener una forma moral cuando son construidas a partir de un sentimiento de injusticia. En cuanto a la interacción con otras emociones, las emociones morales pueden fortalecer los compromisos afectivos, ya que, por ejemplo, podemos admirar a alguien que nos ha compartido su rabia frente a una injusticia, o despreciar alguien que no muestra sentir estas emociones. También pueden influir en los estados de ánimo, ya que actuar según nuestros principios morales nos hace sentir bien (felicidad-satisfacción).

Para concluir este apartado, queremos destacar que los conceptos que la teoría de la acción de Jasper proporciona se han convertido en herramientas analíticas muy efectivas a la hora de analizar la dimensión emocional de los movimientos sociales y el activismo. La aplicación de esta teoría permite superar las dificultades de considerar las emociones como una categoría única y homogénea, y poderlas identificar en los datos biográficos. También permite entender que las emociones tienen efectos en todas las dinámicas de los movimientos sociales y centrarse así solo en los procesos que se quieren analizar. En cuanto a la construcción de los datos, las emociones aparecen en las narraciones de los activistas, por eso, se puede acceder a ellas a través de técnicas de investigación cualitativa, prestando atención no solo a las emociones que los sujetos hayan sentido, sino a su construcción, la cual depende del contexto en el que se desarrolla la experiencia de protesta.

## **Conclusiones**

En este artículo hemos presentado qué resultado ha dado la teoría de la acción social elaborada por James M. Jasper, que logró incluir las emociones para la



comprensión de los movimientos sociales y del activismo. A partir de la aplicación de este enfoque para la comprensión del activismo de base en México en los últimos diez años, hemos podido observar no solo que esta teoría permite comprender aspectos de la acción colectiva contenciosa que otras teorías no atienden, sino también que genera un conocimiento que puede ser útil para los activistas a la hora de comprender los logros y fracasos de la lucha.

A los investigadores que quisieran aplicar esta teoría, les decimos que no se dejen espantar por la complejidad de la dimensión emocional y que, al principio, se apoyen en los conceptos ya consolidados, como los que presentamos en este artículo, y en las aplicaciones de estos.

Una vez elegida una pregunta de investigación que tenga que ver con cualquier aspecto del activismo, pueden empezar a buscar las emociones que tienen efectos evidentes en los procesos analizados y sistematizarlas siguiendo la tipología de Jasper (2018). Sucesivamente, pueden analizar la interacción entre las emociones identificadas, empezando por corroborar los resultados de otras investigaciones. Ampliar los contextos socioculturales de la aplicación de esta teoría es central para poder discutir cómo los activistas construyen las emociones en diferentes países y movimientos para ver si existen patrones culturales comunes en el continente en cuanto a la construcción de estas emociones.

Además, ampliar el conocimiento de la dimensión emocional de la protesta permitirá también comprender algunas dinámicas propias de los procesos de cambio social y cultural. Si aceptamos la idea de Hochschild (1979) —en la que las emociones son parte de la arena de la lucha política y de que el sistema capitalista neoliberal no solo es un sistema económico sino también cultural que impone sus propias reglas del sentir y el comprender la dimensión emocional de los movimientos sociales y el activismo en Latinoamérica—, se dará el primer paso para ofrecer un entendimiento de la polarización social y política, así como de las formas de resistencia, que incluya todos los aspectos de la dimensión cultural, es decir, creencias cognitivas, respuestas emocionales y evaluaciones morales. Solo así se podrá comprender el verdadero potencial de los movimientos sociales en el proceso de cambio de paradigma e imaginarios.

## Referencias

- Adams, J. (2003). The Bitter End: Emotions at a Movement's Conclusion. *Sociological Inquiry*, 73, 84-113.
- Auyero, J. y Swistun, D. A. (2008). *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*. Paidós.



- Bosi, L. y Zamponi, L. (2015). Direct social actions and economic crises: the relationship between forms of action and socio-economic context in Italy. *Partecipazione e Conflitto*, 8(2), 367-391.
- Collins, R. (1975). *Conflict Sociology: Toward an Explanatory Science*. Academic Press.
- D' Oliveira-Martins, M. (2018). *Arlie Russell Hochschild: un camino hacia el corazón de la sociología*. CIS.
- Damasio, A. (2003). *Looking for Spinoza: Joy, Sorrow, and the Feeling Brain*. Houghton Mifflin Harcourt.
- Della Porta D. y Diani, M. (2011). *Los movimientos sociales*. CIS y Editorial Complutense.
- Della Porta, D. (1998). Las motivaciones individuales en las organizaciones políticas clandestinas. En P. Ibarra y B. Tejerina (Eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural* (pp. 219-242). Editorial Trotta.
- Della Porta, D. y Andretta, M. (2001). Movimenti sociali e rappresentanza: i comitati spontanei dei cittadini a Firenze. *Rassegna Italiana di Sociologia*, 1, 41-76.
- Devine-Wright, P. (2014). Dynamics of Place Attachment in a Climate Changed World. En L. Manzo y P. Devine-Wright (Eds.), *Place Attachment. Advances in Theories, Methods and Applications* (pp. 165-177). Routledge.
- Feldman Barrett, L. (2017). *How emotions are made: The Secret Life of the Brain*. Mifflin Harcourt.
- Flam, H. (2005). Emotion's map: a research agenda. En H. Flam y D. King (Eds.), *Emotions and Social Movement* (pp. 19-40). Routledge.
- Flam, H. (2015). Micromobilization and Emotions. En D. Della Porta y M. Diani (Eds.), *The Oxford Handbook of Social Movements* (pp. 264-276). Oxford University Press.
- Giugni, M. (2004). Personal and Biographical Consequences. En D. A. Snow, S. Soule y H. Kriesi (Eds.), *The Blackwell Companion to Social Movements* (pp. 489-507). Blackwell.
- Goodwin, J. (1997). The Libidinal Constitution of a High-Risk Social Movement: Affectual Ties and Solidarity in the Huk Rebellion, 1946 to 1954. *American Sociological Review*, 62(1), 53-69. <https://doi.org/10.2307/2657452>
- Goodwin, J., Jasper, J. M. y Polletta, F. (Eds.) (2001). *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*. University of Chicago Press.
- Gould, D. (2009). *Moving Politics: Emotion and ACT UP's Fight Against AIDS*. University of Chicago Press.
- Gravante, T. (2016). *Cuando la gente toma la palabra. Medios digitales y cambio social en la insurrección popular de Oaxaca, México*. Ediciones Ciespal.
- Gravante, T. (2018). Desaparición forzada y trauma cultural en México: el movimiento de Ayotzinapa. *Convergencia*, 77, 13-28. <https://www.doi.org/10.29101/crcs.v25i77.9728>
- Gravante, T. (2020). Emociones y reglas del sentir como impactos culturales de los movimientos sociales. *Interdisciplina*, 8(22), 157-179. <https://doi.org/10.22201/ceiich.24485705e.2020.22.76423>
- Gravante, T. y Poma, A. (2018). Manejo emocional y acción colectiva: las emociones en la arena de la lucha política. *Estudio Sociológico*, 36(108), 593-616. <https://doi.org/10.24201/es.2018v36n108.1612>

- Gravante, T. y Poma, A (2019). Emociones, trauma cultural y movilización social: el movimiento por las víctimas de Ayotzinapa en México. *Perfiles Latinoamericanos*, 27(53), 1-23. <https://doi.org/10.18504/pl2753-007-2019>
- Gravante, T. y Poma, A (2022). How are emotions about COVID-19 impacting society? The role of the political elite and grassroots activism. *International Journal of Sociology and Social Policy*, 42(3/4), 369-383. <https://doi.org/10.1108/IJSSP-07-2020-0325>
- Hochschild, A. (1975). The Sociology of Feeling and Emotion: Selected Possibilities. En M. Millman y K. Moss (Eds.), *Another Voice* (pp. 280-307). Anchor.
- Hochschild, A. (2016). *Stranger in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*. New Press.
- Hochschild, A. R. (1979). Emotion work, feeling rules, and social structure. *American Journal of Sociology*, 85, 551-575.
- Hochschild, A. R. (1983). *The Managed Heart: the Commercialization of Human Feeling*. University of California Press.
- Jasper, J. M. (1997). *The art moral of protest: culture, biography, and creativity in social movements*. University Chicago Press.
- Jasper, J. M. (1998). The Emotions of Protest: Affective and Reactive Emotions in and Around Social Movements. *Sociological Forum*, 13(3), 397-421.
- Jasper, J. M. (2006a). Emotion and motivation. En R. Goodin y Ch. Tilly (Eds.), *Oxford Handbook of Contextual Political Studies* (pp. 157-171). Oxford University Press.
- Jasper, J. M. (2006b). *Getting Your Way*. University Chicago Press.
- Jasper, J. M. (2011). Emotions and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research. *Annual Review Of Sociology*, 37, 285-303.
- Jasper, J. M. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), 46-66.
- Jasper, J. M. (2014). Feeling - Thinking: Emotions as Central to Culture. En B. Baumgarten, P. Daphi y P. Ullrich (Eds.), *Conceptualizing Culture in Social Movement Research* (pp. 23-44). Palgrave Macmillan.
- Jasper, J.M. (2018). *The Emotions of Protest*. University Chicago Press.
- Johansson, A. y Vinthagen, S. (2019). *Conceptualizing 'Everyday Resistance'. A Transdisciplinary Approach*. Routledge.
- Kleres, J. y Wettergren, Å. (2017). Fear, hope, anger, and guilt in climate activism. *Social Movement Studies*, 16(5), 507-519. <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/14742837.2017.1344546>
- Latorre Catalán, M. (2005). Los movimientos sociales más allá del giro cultural: apuntes sobre la recuperación de las emociones. *Política y Sociedad*, 42(2), 37-48.
- Low, S. M. y Altman, I. (1992). *Place Attachment*. Plenum.
- Poma, A. (2017). *Defendiendo Territorio y Dignidad. Emociones y Cambio Cultural en las Luchas contra Represas en España y México*. Eduepb.

- Poma, A. (2019a). El papel de las emociones en la defensa del medioambiente: Un enfoque sociológico. *Revista de Sociología*, 34(1), 43-60. <https://doi.org/10.5354/0719-529X.2019.54269>
- Poma, A. (2019b). Cambio climático y activismo ambiental: el papel de los apegos al lugar. *Tla-Melaua, Revista de Ciencias Sociales*, 12(46), 212-237.
- Poma, A. y Giannini, V. (2021). The Emotions of Protest de James M. Jasper. *Revista Mexicana de Sociología*, 83(4), 1039-1054. <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/60196>
- Poma, A. y Gravante, T. (2016). 'Fallas del sistema'. Un análisis desde abajo del movimiento anarcopunk en México. *Revista Mexicana de Sociología*, 78(3), 437-467. <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/56222>
- Poma, A. y Gravante, T. (2017a). Emociones, protesta y acción colectiva: estado del arte y avances. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 74, 32-62.
- Poma, A. y Gravante, T. (2017b). Emotions in Inter-Action in Environmental Resistances. The Case of Comité Salvabosque in Mexico. *Partecipazione e Conflitto*, 10(3), 896-925. <https://doi.org/10.1285/i20356609v10i3p896>
- Poma, A. y Gravante, T. (2018). Emociones, identidad colectiva y estrategias en los conflictos socio-ambientales. *Andamios*, 36(15), 287-309. <https://doi.org/10.29092/uacm.v15i36.611>
- Poma, A. y Gravante, T. (2019). "Nunca seremos las mismas de antes". Emociones y empoderamiento colectivo en los movimientos sociales: el Colectivo Mujer Nueva (Oaxaca, México). *Desafíos*, 31(2), 231-265. <http://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.7308>.
- Poma, A. y Gravante, T. (2020). El papel del activismo socioambiental de base en la nueva ola del movimiento climático (2018-2020). *Agua y Territorio*, 16, 11-22. <https://doi.org/10.17561/at.16.5109>
- Ruiz Junco, N. (2013). Feeling Social Movements: Theoretical Contributions to Social Movement Research on Emotions. *Sociology Compass*, 7(1), 45-54.